

relatos que de la recepción traen Fernando Colón y Bartolomé Las Casas, yo en otra parte la tengo evocada, valiéndome de la fantasía, muy necesaria para los que creemos la Historia una resurrección verdadera y no un simple relato.

Parece imposible como un solo error pueda durar tanto, trascender á tantas cosas é infligir á quien lo cometió penas morales de tal género, que sean penas leves frente á ellas las penas mismas del infierno. La falta, si queréis, el vicio de Colón, fué la codicia, y el error de Colón aquel acaparamiento para sí del mundo criado para todos por el poder casi divino de su genio. Por este supremo error ocultaba con celo y celos todo lo descubierto como un avariento su oro; creía los idos allí al reclamo del glorioso nombre suyo, en pos de nuevas tierras, ladrones entrados á dolo y por asalto en su domicilio para robarle sus bienes; y porfiaba por la participación en el poder público, en el gobierno, en la justicia, en las rentas Reales, como pudiera porfiar en ordinario pleito de cualquier cuantía por la participación en grande hacienda, en rico mayorazgo, en mercantil sociedad. Y á poco que consideremos la clase de litigio entablado entre la Corona y los Colones, echaremos de ver un error en el Almirante capitalísimo acerca de sus privilegios, sobre el cual error capitalísimo radican cuantos embrollos lo enemistan con el poder y con la corte. Leyendo el privilegio dictado en Santa Fe, cuya solemne confirmación original acaba de publicar, en esmeradísimo facsímile, mi señora y amiga, tan sabia como hermosa, la joven Duquesa de Alba, nótese que la dignidad de Almirante queda vinculada en la familia toda, constituyendo así una especie de monarquía oceánica, bastante considerable para las salvadoras ideas de unidad, arraigadísimas en Fernando V; pero la dignidad de Virrey pertenece tan sólo al descubridor, y como alta dignidad política tiene tan sólo el carácter de personal y vitalicia, concedido á quien hiciera el milagro por dones sobrenaturales propios, intransmisibles, cual ha demostrado una experiencia de tres siglos, á su posteridad. Pero

Colón creyó siempre que la dignidad política era como la dignidad marítima, pareándose con el Almirantazgo el Virreinato, como lo demuestra el proemio de su maravilloso *Diario*, comenzado á la vista casi del convento, en la rada, poco después de haber zarpado, y en el cual *Diario* conmemora sus dignidades y provechos, calificándolos en montón de vitalicios para él y hereditarios en toda su descendencia y posteridad hasta la consumación de los siglos.

Por considerar él su descubrimiento como un mayorazgo, y su virreinato como una monarquía, surgen dos graves consecuencias: primera, lo poco que se dilató la gloria del descubrimiento con toda su importancia en los años subsiguientes á su realización, y después lo mucho que contendieron el Estado español y el sublime adivino por la interpretación y aplicaciones de los convenios, con daño y detrimento de todos. ¿Concíbese por otra causa, que, á pesar de haber notificado un escritor tan leído en todas las cortes como Pedro Mártir de Anglería, en aquel particularísimo latín de la época, lengua sabia universal entonces, á todo el mundo la noticia del descubrimiento, desapareciese de los primeros papeles impresos en Europa donde se publicaba el sobrenatural hecho la persona y nombre de la reina Isabel? Mucho se gloriaba Colón del descubrimiento y mucho lo quería; pero á la manera expresada por aquel refrán español: «Tanto quiere á sus hijos la gata que se los come.» Colón, por recelo de los portugueses, advertidos con su abordó allí á la primera vuelta; por recelo de los britanos, con quienes había departido tanto su hermano Bartolomé; por recelo de los competidores, como el segundo Pinzón, y el célebre Cosa, y el afortunado Américo, y el audaz Ojeda, y el expertísimo Caboto, calla su invención, oculta los derroteros á ella conducentes, y se propone convertir en vínculo propio el mar, el aire y el sol recién invenidos y nuevos. Así no puede maravillarnos que, como se quitó el nombre de la Reina en los primeros relatos del hecho, se le disputase á él mismo por un historiador compatriota y con-

temporáneo suyo la idea madre del descubrimiento, atribuyéndola sin escrúpulo, para que todo en casa, ó en Génova, quedase, á un hermano de Cristóbal, á su hermano Bartolomé. Menos puede maravillarnos, tras todo esto la injusticia universal cometida por el género humano quitándole al continente hallado por Colón su nombre y poniéndole sin razón alguna el nombre de un piloto como Américo Vespucio. Detengámonos un poco en este punto. Muchas explicaciones han querido darse á este grandísimo entuerto, y muchas cosas especiosísimas se han dicho para justificar un error tamaño y una tan abominable ingratitude. Quién ha sustentado que fuera el apellido América una derivación del nombre de ciertas montañas conocidas bajo tal apodo en el Nuevo Mundo; quién que lo divulgara Colón mismo por haber encarecido mucho tales montañas, á causa de sus yacimientos auríferos, hipótesis desmentida por el hecho de no aparecer en parte alguna de los papeles colombinos tal nombre; quién que Américo se granjeó á sí tal privilegio, escribiendo cartas llenas de falsísimas noticias y verdaderos embustes á varios príncipes europeos, los cuales por todas partes divulgaron y difundieron estos documentos, cuya complicada bibliografía puede con facilidad estudiarse por los eruditos en la *Bibliotheca Americana vetustísima* de HARRISSE, al cual precisa consultar sin descanso en estos difícilísimos estudios; quién que unos sabios, congregados libremente y por su propio arbitrio en una población lorena llamada Saint Dié, donde radicaba una compañía científica titulada Gimnasio Vosgo, propusieron dar tal nombre al Nuevo Mundo en su Introducción á la *Cosmografía*, y así, por fin, se arregló y se convino; quién que un compilador de tal obra, oponiendo á los seis climas boreales de Ptolomeo seis climas australes, colocó entre los últimos, junto al sur de África y Zanzíbar y Sumatra y Ceilán, «esta cuarta parte del mundo, que bien puede llamarse América, es decir, tierra de Américo, pues un Américo la descubrió»; pero entre tantas hipótesis, una verdad evidente surge, á saber: la rapidez con que corre, á ma-

nera de fluido misterioso, cualquier especie falsa, y llega, sin saberse por qué y cómo, á extender y arraigar error tan grave, cual que Américo Vespucio, y no Colón, descubriera el Nuevo Mundo, y debía, por ende, darle su mismo hermoso nombre de América.

Mas, entre un tal número de inventores, como el que ha tenido nuestro planeta y han dejado un recuerdo en la historia indeleble, ninguno se granjeó la gloria de Colón, porque ninguno como Colón la mereciera. En su presencia se levanta el ánimo á consideraciones dulces y consoladoras, que advierten á una cómo la virtud y el bien alcanzan con preferencia la inmortalidad aquí, porque todas las escorias de su vida se han aniquilado por completo en justo universal olvido, mientras las ideas reveladoras y los sentimientos sublimes y el éter de su espíritu divino y el resplandor de sus martirios redentores y las estelas de sus creaciones en el mar y las nebulosas de sus idealidades en el cielo han dilatado hasta lo infinito su gloria universal é inextinguible. Al acercarse á sus altares, profundo respeto sobrecoge con religiosidad el ánimo, porque siente voces de misterios indecibles y respira el enrarecido y superior aire de lo sublime: que nuestras sienes así estallan en los picos de las montañas gigantes como en las alturas de los espíritus superiores. Colón tuvo un temperamento fisiológico sujeto á todos los achaques de nuestras contingentes complexiones humanas y un temperamento psicológico de aquellos que atormentan á los favorecidos con tal precioso don por lo excesivo de su grandeza. El temperamento fisiológico suyo fué nervioso y sangíneo; el temperamento psicológico de un grandioso carácter sintético. En su temperamento sanguíneo se generaron las fuerzas de combatiente que desde los comienzos de la vida su ser mismo revela, combatiente con las supersticiones, combatiente con las envidias, combatiente con los huracanes y con las procelas, combatiente con sus innumerables émulo y enemigos; mas en su temperamento nervioso se originan sus ilusiones de iluminado, sus

anuncios de profeta, su efusión de artista, sus éxtasis y sus deliquios de verdadero místico, su paciencia y sus conformidades de mártir. Donde quiera que iba, revelaba esta contradicción evidente. Nervudo de brazos, curtido de fibras, ancho de hombros, grueso de cuello, airosísimo de presencia y con suma prestancia, rojo de pelo, blanco y encarnado de color, aquilino de nariz, garzo de ojos, dotado de poderosa fuerza física, revelábase hasta sobre la tierra en su aspecto y en su figura el atrevido mareante. Parece que un mareante debía ser de acción, de lucha, de cálculo, de nociones astronómicas y matemáticas correspondientes con su oficio, de vida inquieta por necesidad; mas así como lo sanguíneo de su temperamento le prestaba cóleras y vértigos conaturales al guerrero, lo nervioso le prestaba deliquios de asceta, y en aquella persona singularísima veíanse reunidos y sumados el piloto y el penitente. Así, después de haber navegado por las costas encendidas de Guinea y por las costas heladas de Islandia, combatiendo á brazo partido con los elementos, combatía en las juntas de Córdoba con las supersticiones y en el real de Baza con los cortesanos, hasta que cansado de contrastar así á los elementos como á los hombres, encerrábase como un verdadero San Francisco en la Rábida y allí se maceraba con el cilicio de los ascetas y se vestía la mortaja de los cadáveres.

Pues así como reunía con el temperamento de los conquistadores el temperamento de los poetas y á las fuerzas físicas de los pilotos las conformidades y las resignaciones de los frailes, reunía pensamiento y acción armonizados, sublime inteligencia y entera voluntad congruentes. Áspero y fino, adusto y afable, rudísimo y flexible á un mismo tiempo; dominador de sus odios y de sus rencores hasta no decirle á Pinzón una palabra cuando lo halló tras haberse apartado de su obediencia; en algunos momentos arrebatado hasta patear á los amigos de Fonseca en Sanlúcar, y despedir de un empujón cierto rebelde avieso desde las almenas á los fosos en Haití; aquel hombre singular era una contradicción andando, así en los humores de su cuerpo, como en los ins-

tintos de su organismo, como en los principios de sus doctrinas, como en las facultades múltiples de su entendimiento, como en las pasiones de su corazón, como en los actos de su vida. Para comprender mejor este carácter doble y triple de Colón hay que comparar su biografía con la biografía de un sabio, con la biografía de un navegante, con la biografía de un asceta, con la biografía de un filósofo, y ver cómo las comprende todas él, á un tiempo de inspiración y cálculo, de combate y penitencia, de matemático raciocinio y de místicos éxtasis. Newton se pasa la vida, desde los diez y seis años hasta los ochenta y siete, haciendo cálculos en sus papeles y en sus pizarras, como si fuese algebraica cifra y sólo cifras buscara, cual se buscan los átomos afines; Magallanes, por cualquier lado que se le mire, nos muestra en sí únicamente al piloto de primer orden, audaz, porfiado, resistente, calculador, aun adivino si queréis, colosal y glorioso, pero dentro de las condiciones del oficio y de la profesión que abrazara por vocaciones fortificadas en la experiencia y en la ciencia; San Francisco, á quien ya hemos citado, en cuanto se vuelve de aquella tan airada vida que llevara en sus mocedades y se abraza con efusión á las piedras de su claustro, ya no aparece sino como un asceta escuchando el salmo compuesto en las alturas por el coro de las avecillas del aire y oliendo el incienso despedido en lo bajo por el ramillete de las florestas del valle, bienaventurado y milagroso el beato antes de llegar á la muerte y á la canonización; Pizarro nos ofrece un arquetipo de conquistador, á quien jamás arredró ninguna dificultad ni detuvo ningún escrúpulo, combatiendo y conquistando lo mismo entre los ventisqueros y volcanes de los Andes, que entre las olas y los vientos de aquel mar del Sur, desflorado por la quilla de sus naves en expediciones argonáuticas; pero, astrónomo y matemático cual Newton, asceta y penitente cual Francisco, explorador y adivino de los mares y de los estrechos y de los continentes ignorados y misteriosos, cual Magallanes, guerrero y conquistador cual Hernán Cortés ó

Pizarro, juntándolos y reuniéndolos á todos en grados diversos; hombre sintético así, fuera de Vinci, no hay sino uno solo en la Historia, el inmortal descubridor de América. Y será inútil cuantos esfuerzos puedan emplearse para destronarlo, como único brillará en el mundo y en la Historia por su insustituible singularidad.

Hay unos que piensan y otros que ejecutan; unos, que abajo están luchando como los brutos, en guerra carnicera por la vida, y otros que arriba están intercediendo, de hinojos y con las manos plegadas, porque todas las lágrimas puedan enjugarse y porque todas las culpas puedan redimirse; mas el alma de Colón vuela por lo infinito y etéreo sembrando soles, como los serafines de la creación bíblica el espacio; y luego baja de suyo á la manera del ángel caído al infierno de la esclavitud y de la guerra y de la conquista; pero, al revés del ángel caído que no puede reabrir sus alas, y lanzarse al empíreo, sube de nuevo al ideal de la razón y de la justicia. Definámoslo con una palabra, declaremos que es un verdadero genio. Su fuerza física de varón y su sensibilidad delicada de mujer sólo se aunan en las personas geniales extraordinarias. Lo duro y longevo en él muestra su predestinación á la obra providencial que cumpliera. Una vocación á conocer lo natural, y desde lo natural, elevarse á lo sobrenatural, como la que tenía él, no aparece desde los primeros á los últimos años de la vida, sino por una predestinación verdaderamente singular. Y como en el cumplimiento de su vocación, que lo domina, descúbrese todo lo genial y todo lo extraordinario de sus facultades singularísimas, descúbrese á la vez en su ignorancia completa del ministerio que había cumplido y de la obra que había realizado. Moisés, muriendo sin entrar en el suelo prometido al pueblo de la divina elección; los reformadores y los revolucionarios, anticipados á su tiempo, cayendo maldichos en la eternidad, sin que sus coetáneos, ni ellos, alcancen todo el bien que han hecho; los descubridores que conocen el galvanismo y no el pararrayos, que conocen el pararrayos y no

el telégrafo; los desgraciados, como Papín, aplicando la presión del aire, descubierta por Torricelli, al movimiento, sin adivinar á Fulton trayendo ya una máquina que aplicará el vapor, nos dan la clave misteriosa de la ignorancia del sublime Colón, creyendo que Guanahaní es una madrepora y un arrecife anterior al Asia; que Cuba un pedazo de continente vecino á Cathay; que las corrientes del Orinoco las corrientes del Ganges; que los caciques tan poderosos encontrados en Paria y en Veragua los vasallos del grande Kan de Mongolia; cuando acababa de tropezar con un mundo entero, dividido en dos hemisferios, como dilatado desde uno á otro círculo polar; lleno de pirámides y templos tan grandes como los asirios, de irrigaciones tan sábias como las egipcias, de reyes tan déspotas como los Faraones, de nobles tan extraños como los sátrapas, que todos y todo en veinte años iban por completo á transformarse tras una conquista, heroica pero breve, destinada en providenciales designios á convertir aquel territorio de los sacrificios humanos, de los altares chorreando sangre, de las castas, de las teocracias, en el más idóneo y más apropiado para recibir y guardar los misteriosos efluvios despedidos por el Verbo creador, que llevaba Colón en sus labios, los misteriosos efluvios del espíritu moderno.

Y sin embargo, ¿quién resolverá estas contradicciones? Aquello que más á Colón eleva, y ante la posteridad lo sublima, es el acierto con que miraba en lo externo el mundo inmenso que internamente allá existía en los abismos de su alma. El conocimiento intuitivo, que distingue al genio, tan diverso del conocimiento discursivo y reflexivo que distingue al talento, le ponía en los ojos un éter y en las sienes un nimbo, capaces de darle ante los más vulgares y prosaicos el sobrenatural viso propio de los reveladores y de los profetas. Colón objetiva el mundo subjetivo que llevaba impreso en la retina de su místico pensamiento. Pero no se contentaba con estas idealidades, la inteligencia en él aparecía como un impulsor y determinante de la voluntad